

—Parece que está salvada, me dijo.

—¡Salvada! exclamé yo, temblando, fuera de mí, casi loco.

Y la voz de D. Mateo, sonora y robusta, repitió en el cuarto contiguo, ahogada por la alegría y la sorpresa.

—¡Salvada! Salvada mi hijita de mi corazón!

Y casi al mismo tiempo, Cabezudo, saliendo de su cuarto, se echó en brazos de Méndez, estrechándole con furor. Permittede el doctor que entrara un momento á la alcoba de la enferma, á condición de que en seguida volvería á su cuarto y se acostaría á dormir. Todos los semblantes se habían transformado súbitamente. Los labios permanecían inmóviles; pero los ojos sonreían.

Cuando Méndez Páez, colmado de bendiciones y elogios, se retiró á su casa, después de poner nueva receta y dar instrucciones sobre la alimentación de la enferma al día siguiente, el general, rendido á la fatiga de tantos días de lucha, dormía, roncando ruidosamente.

XXVI.

Al despertar.

La de Martínez tomó posesión de un sofá de la sala, y Doña Luisa, después de mil instancias y ruegos de Felicia, fué á descansar á la cama de Pepa, en un cuarto interior. Felicia, sentada en un sillón al lado de la cabecera, y yo en otro, colocado frente á ella, continuamos la velada. La pobre niña, había llorado de alegría, derramando sus lágrimas sobre mi pecho, al darme un abrazo, cuando el médico se retiró.

Guardamos los dos silencio, después de contemplar largo rato el rostro transformado de la enferma. Ya no le cubría el sudor copioso de antes; ya el encendido color de la mejilla derecha desaparecía; ya en todo el

semblante se restablecía la vida, y la belleza natural recobraba su imperio. Felicia puso un dedo sobre los labios para imponerme silencio, temerosa de despertar á la enferma, que se había dormido, respirando con más tranquilidad. Permanecimos inmóviles, y á poco espacio, la respiración pausada y regular de mi compañera, me indicó que se había quedado dormida. Hacía muchas horas que no cerraba los ojos.

Después de largo rato, cuando en mi corazón se restableció la tranquilidad, como si despertara de un sueño consideré mi situación. El recuerdo de la realidad vino á mi mente, trayendo juntas todas mis aflicciones y todas mis dificultades. Miré á Remedios, después á Felicia, recordé que estaba en una casa cuyas puertas no se abrían para mí, y al pensar que todo había concluido, parecióme que alguien me preguntaba «¿Y ahora?»

Nada tenía yo qué hacer en aquella casa. ¿Cómo me había atrevido á entrar en ella? No lo sabía; pero concluido todo, salvada la enferma, vuelta la calma, mi presencia allí

era no sólo injustificada, sino estorbosa. El general me aborrecía, Remedios me despreciaba, Felicia..... no sabía yo que pensar de ella, ni quería yo forjarme ilusiones, que de seguro se desvanecerían muy pronto. Remedios podía despertar de un momento á otro. ¿Qué diría al verme? Quizá hasta le haría daño mi presencia; se sorprendería, se asustaría de encontrarme allí, al lado de su lecho, cuando me había arrajado de su corazón para siempre.

Largo rato pensé así, sintiendo que nueva pena me llenaba el alma. La luz de la mañana entraba por las rendijas, alegre y brillante, haciendo resaltar la triste amarillez de la luz de la vela colocada detrás de la mesa de noche, cuya sombra, envolviendo el lecho, se extendía como oscura mancha de esfumados contornos sobre las paredes. Dominado por mis pensamientos, me había puesto de pié, é inclinado un poco el cuerpo, miraba yo el hermoso semblante de la enferma, como si quisiera grabar profundamente en mi memoria aquellas facciones que pronto dejaría de ver. Remedios hizo leve

movimiento, y rápida é instintivamente, di un paso atrás para esconderme en la sombra, como si estuviera cometiendo un delito. El corazón me golpeaba con agitación creciente; estrechéme con la pared, y contuve la respiración.

Felicia despertó á poco y me llamó.

—Siéntate aquí, me dijo, cediéndome su lugar; voy á preparar el alimento.

De la puerta regresó, para hacerme ésta recomendación:

—Si ves que se mueve, vete á la sala antes que despierte; no se vaya á asustar.

Estaba Remedios con la cara á la pared, y esto me dió atrevimiento para sentarme tan cerca de ella. Volví á mis pensamientos, volví á sentir la desolacion de mi alma, y poniendo un brazo sobre el colchón, apoyé la frente en el dorzo de la mano. Remedios hizo, sin despertar, otro movimiento que me causó nuevo susto; pero no pude retirarme, porque al levantar la cabeza, sentí sobre ella la mano de la joven. ¡Parecía que la casualidad se burlaba de mí, con aquella caricia inconciente. Un ligero temblor reco-

rió mi cuerpo, sentí en el alma algo muy dulce, como gratitud por aquel último favor, y se humedecieron mis ojos. Quedé inmóvil, y así hubiera querido permanecer toda mi vida.....

Sentí después, que Felicia entró en el cuarto; creo que se detuvo á contemplarnos un momento, y en seguida la mano se retiró suavemente. Levanté la cabeza, y ví que Felicia sonreía, haciéndome seña de que saliera de la alcoba. Obedecí, todavía tembloroso, y desde la sala oí la voz de Remedios, débil, suave; pero siempre argentina y melodiosa.

Don Mateo durmió toda la mañana y aún algo de la tarde. Yo llamé aparte á Felicia, y quise despedirme de ella; pero la joven hizo un gesto entre enojado y gracioso y me dijo que dejara de tonterías.

—Sí, te irás, añadió; pero no de día, y cuando hayamos convenido en lo que has de hacer.

Insistí en mi resolución, y entonces Felicia me habló, volviendo á otro lado el rostro, de la policía que me esperaba. Había

encontrado la carta de Pepe sobre la mesa de la sala, y después de leerla la había roto.

Ya Doña Luisa estaba en pié. Felicia me encerró en el cuarto de Pepa, y no echó la llave, porque dí mi palabra de no salir hasta que ella lo permitiera. Mucho espacio gasté en saborear la amargura de mis tristes pensamientos. Jacinta, Redondo, la historieta de Claveque, todo volvió á mi memoria para presentarme más afictiva mi situación y más negro lo porvenir. Y en medio de tantos enemigos, no era el remordimiento el que menos se ensañaba contra mí.

Desde mi encierro, echado en una cama, oí los pasos del médico que entró, y que volvió á salir después de un rato; más tarde, reconocí las pisadas del General, y áun oí su voz dando alguna orden. La tarde fué declinando, y cuando la luz iba extinguiéndose en el cuarto, me quedé dormido.

Felicia fué á despertarme. Amanecía ya, y á la luz de la vela que la joven llevaba en la mano, pude notar en la frescura de su rostro y en la leve hinchazón de sus párpados, que había dormido largas horas. Re-

medios dormía y Felicia me condujo á su cuarto para que yo viera un rato á la joven, que había recobrado ya por completo la serenidad de su semblante.

—¡Figúrate, hijito, me dijo, que ya no tiene nadita de calentural

Y me detuvo en el camino para darme un abrazo.

Me hizo sentar junto á la cabecera, después de que hubimos contemplado en silencio el tranquilo semblante de la joven dormida. La cama había cambiado de posición, y Felicia me dijo que el médico lo había dispuesto para que Remedios pudiera estar vuelta hácia el cuarto.

—La pobrecita, añadió, no puede acostarse sobre el lado derecho; porque allí le pusieron el cáustico, y le duele mucho.

Tenía yo miedo, y me sentía feliz, al ver tan cerca de mí la hermosa cabeza de Remedios. Felicia me hablaba muy bajito, y yo contestaba por señas, temeroso de despertar á la joven.

—Ya le dije, que habías venido á la casa, y que estabas muy afligido, me dijo Felicia.

La miré con asombro, y ella entendió que reprobaba yo su indiscreción.

—No me costestó nada, añadió; pero yo seguí hablándole de tí, y no se enojó como antes.

Moví yo la cabeza tristemente, y Felicia siguió diciendo:

—Después volví á estar solo con ella, cuando le dí su alimento. Está muy débil y tuve miedo de agitarla. «¿Te cuento?» le pregunté. Ella adivinó de qué, y me dijo que sí, haciéndose la desentendida. Y yo le conté que habías entrado cuando estubo muy mala, que lloraste, que estabas como loco, y que habías dado mil carreras buscando al médico, yendo á la botica y haciendo mil cosas.

Las palabras de Felicia llegaban al fondo de mi alma y me inspiraban dulce sentimiento, comunicándome vigor singular. Me atreví á hablar muy bajito.

—¿Y qué dijo? pregunté echando el cuerpo hácia adelante para acercarme á Felicia.

—Se le humedecieron un poco los ojos,

me devolvió la taza, y me dijo que quería dormir. Por supuesto que no sabe que estás aquí todavía.

Después con dulzura y maña, Felicia llevó poco á poco, su charla á tratar de mi situación. Sin enojo, y procurando no avergonzarme, me dió á entender que sabía todo lo que me había pasado en los últimos días; y al fin me dijo que Remedios no lo ignoraba, porque ella se lo acababa de referir, callando sólo lo relativo á Jacinta. Entonces no pude contenerme y quise salir del cuarto, sintiéndome más avergonzado que nunca; pero Felicia lo impidió.

—No quiero que me vea, le dije lleno de sobresalto; es preciso que no me vea nunca. Tendrá miedo de mirarme....., ó me verá con el mayor desprecio.

—No, hijo; repuso Felicia, siéntate, ¿Sabes lo que dijo cuando le conté todo eso? Pues no dijo más que «¡Pobrel!»

Me dejé caer en el sillón, y poniendo la cara entre las manos, seguí oyendo á Felicia, que procuraba alentarme.

Eran ya las ocho de la mañana, cuando

la de Martínez entró de puntillas á despedirse de nosotros, para volver á su casa, después de haber dejado sólo á su marido durante tres días. Felicia la acompañó hasta la escalera, y volvió á la alcoba con cierta precipitación.

—Es preciso que vuelvas á tu cuarto, me dijo. Don Mateo se levantó ya, y salió á la calle; pero puede volver de un momento á otro. Esta noche te irás á casa de algún buen amigo, como el que te escribió esa carta, y veremos qué sucede después.

Me puse en pie con sobresalto; el sillón hizo ruido, y yo miré aterrado á Remedios. La joven se movió perezosamente. y ántes de que yo pudiera ocultarme, abrió los ojos y me miró.

XXVII

Refuglum peccatorum.

Hizo un movimiento de susto, ocultó rápidamente el antebrazo que salía de las sábanas, y apartando los ojos de mí, dobló la cabeza como si tratara de esconderla. Yo retrocedí lleno de terror, avergonzado y trémulo, y la misma Felicia se quedó un momento cortada y confusa; pero repuesta en breve, llegóse al lecho, tomó una mano de Remedios entre las suyas y le dijo:

—No te asustes, hijita, ni te enojas conmigo. Juan entró aquí un momento, porque quiso verte antes de irse. Ya se va. ¿Te enojas?

Remedios no contestó, y permaneció in-

móvil. Fellicia le besó la frente y volvió á preguntar:

—¿Te enojas conmigó?

Algo contestó Remedios, pero no percibí siquiera el sonido de su voz. Yo no tenía valor para moverme de mi sitio.

—Te diré la verdad, dijo Fellicia; Juan está aquí desde antenoche, y casi no se ha separado de tí un momento. Ahora como ya estás buena, dice que nada tiene que hacer aquí. No te apures; aunque venga tu tío. Enmedio de los apuros estuvieron juntos y se hablaron. Ahora, ya se va.

En aquel momento, después de haber visto los ojos de Remedios fijarse en los míos, con su dulce expresión nunca enturbiada, me hubiera arrojado de rodillas junto á su lecho, para decirle: «¡Perdóname y sálvame!» Pero la vergüenza podía más y sintiendo necesidad de huir, dí un paso hacia la puerta, sin volver la cara.

—¿Adónde? preguntó Remedios con voz más dulce aún por la debilidad y la timidez.

Fellicia comprendió que había vencido, y en vez de contestar apartóse á un lado, como

para que Remedios y yo pudiéramos mirarnos. Bastó esa palabra para que el amor recobrara en mí todo su imperio, sobreponiéndose á la vergüenza y al temor; volví los ojos á la enferma, y sorprendí á los suyos en el momento en que se alzaron para verme. Sentíme poderosamente atraído, me acerqué al lecho; pero al estar junto á él, vacilé y me apoyé en el respaldo de un sillón. Pasaron en diez segundos mil ideas por mi cabeza, mil palabras murieron en mis labios, y al fin, como si hubiera antes expresado todas las ideas anteriores, sólo pude decir:

—Remedios, soy muy desdichado.

Hubo un instante de silencio, y después, como á costa de un esfuerzo penoso,

—Ya lo sé, me contestó la joven.

Tras nueva pausa, durante la cual cruzaron por mi mente otras ideas, me acerqué más y dije:

—Ya no soy bueno, como antes; pero quiero que me perdones, y que no guardes de mí un mal recuerdo.

—Sí, contestó con voz casi imperceptible. Te he perdonado.....

—¿Me has perdonado?

—¡Como también yo he padecido tanto!

—Sí, lo comprendo; repuse con viveza.

Yo tengo la culpa, sólo yo. He estado loco. Se han ido acabando una por una todas las esperanzas que me hacían amar la vida. He sido malo, y hasta miserable; pero tengo alguna disculpa en mis propias desventuras. Perdóname con todo tu corazón: es lo único que deseo para dejarte, para no volverte á ver, y para soportar la vida. Te ofrezco, te juro que seré bueno.

Estaba yo junto á ella, y depuesto el temor, resistía yo sus miradas. Sus pupilas se abillantaron, humedecidas por una lágrima que en vano trató de contener.

—Te he perdonado con todo mi corazón, me dijo.

Y como si el esfuerzo que había hecho para contestarme y para contener las lágrimas, la hubieran fatigado mucho, respiró con fuerza y entornó los ojos, juntando las negras y largas pestañas. Felicia se acercó presurosa, y yo dí un paso atrás. Parecía que en aquel momento se abría el cielo

delante de mí, y que luego iba á cerrarse para siempre. Remedios abrió los ojos, y procurando sonreír, dijo á su amiga:

—No es nada.....

Al mismo tiempo la voz de Don Mateo resonó en el corredor; Felicia y yo sólo tuvimos tiempo de mirarnos. El General se dirigía á la sala.

Entró en el cuarto, dirigiéndose á la cama de Remedios, no con la cara sonriente como pudiera esperarse, sino hosca y seria, como si en la calle hubiese recibido alguna mala impresión. Sin embargo, al encontrar despierta á la joven, procuró poner semblante halagüeño, é iba á dirigirle alguna palabra cariñosa, cuando reparó en mí. Volvióse súbito y se encaró conmigo; la más viva cólera se pintó en su rostro por cierta contracción de la boca y arqueó de cejas, y después de tartamudear un instante.

—¡Y Ud. que hace aquí me gritó con duro acento.

No tenía conciencia de haberme visto antes. No supe qué contestar, y retrocedí instintivamente, poniéndome detras del sillón.

¡Qué hace Ud. aquí! repitió, avanzando un paso, con los puños cerrados y apretando los dientes.

Felicia corrió hacia el General, tomándole por la manga de la levita; y Remedios, con un movimiento rápido, que hubiera parecido imposible en su estado de debilidad se incorporó en el lecho, y extendió un brazo para contener á Cabezudo.

¡Tíol exclamó con angustia.

Don Mateo se volvió para verla, y la joven, haciendo un gesto de dolor, reclinó otra vez la cabeza sobre la almohada, manteniendo alzado el brazo, para no rozar el costado izquierdo.

¡El cáustico! dijo Felicia, acudiendo por detrás del General.

—¡No te muevas! dijo éste, dulcificando la voz. ¿Lo ves? Te lastimas, hijita, te lastimas. Estáte quieta. No te asustes, esto no es nada.

Y mientras Felicia cubría con las ropas del lecho á Remedios, el tosco cacique acariciaba la hermosa cabeza de su sobrina. Cuando la vió calmada, alzó los ojos mirán-

dome con tanta ira como antes; pero procuró disimularla en su acento.

Bueno, dijo con voz sorda; pero éste ¿porqué se mete aquí? ¿Quién le dió licencia?

¿Señor General, dijo Felicia; mi hermano está con nosotros desde antier, sirviendo á Remedios, y Ud. mismo le ha mandado por el médico varias veces.

¡Yol exclamó Don Mateo. ¡Yol... creo que sí... creo que sí... ¡Pero eso qué me importa! añadió al último, como si el recuerdo le acrecentará la cólera.

Señor General, me atreví á decir; yo he venido porque...

¡No me diga Ud. nada! gritó interrumpiéndome.

Y como hiciera un movimiento agresivo, Remedios trató de incorporarse.

No te muevas, hijita; dijo el General con aflicción. Mira que te lastimas. Pon este brazo así. ¿No te molesta?... Para no agitate, saldré con este señor alla afuera.

No, no; dijo Remedios deteniéndole; quédese Ud. conmigo.

—Juan saldrá solo, añadió Felicia, con singular expresión de enojo.

Yo dí un paso hácia la puerta; pero vacilando, porque sentía deseo vivísimo de aceptar la compañía de Don Mateo. El vaciló también y al fin dijo:

—Está bueno; váyase Ud. Ya lo buscaré para que hablemos de nuestro negocio.

—Le advierto á Ud. dijo Felicia, que Juan no puede irse á la calle en este momento. Esperará en otro cuarto hasta la noche.

—Me iré en seguida, dije yo.

Felicia me detuvo por un brazo.

—Está perseguido por la policía, añadió asustada; no puede salir.

—¡No, no es verdad! repliqué con viveza y aficción.

—¡La policíal exclamó Remedios.

—¡No es verdad! repetí.

—¡Si es cierto, replicó Felicia con energía. Señor General, añadió; no permita Ud. que se vaya; eso sería una cobardía en Ud!

Cabezudo que adelantaba hácia mí, con gesto de satisfacción en la cara, se detuvo al oír las últimas palabras de Felicia.

—De veras que sí, dijo contrariado. Yo haré con él lo que quiera, por que me la debe; pero no lo entrego.

—No necesito de su protección, contesté.

Y después de desasirme de las manos de Felicia, me dirigí á la puerta.

—¡Nol gritó Remedios. ¡Juan no te vayas!

A su voz, yo me detuve y Don Mateo, con agilidad increíble, llegó hasta mí y me arrastró al centro del cuarto:

—Pues no se va Ud., me dijo. Yo no soy un cobarde. Yo no lo entrego á Ud. aunque haya cometido el delito más grande.

—No, se apresuró á decir Felicia; lo persiguen por... por la política; por un artículo contra el Gobierno.

—Pues no lo entrego, repitió Don Mateo, orgulloso de su generosidad. No saldrá Ud. aunque me ha hecho tantos males.

—Ud. es quien me los ha hecho á mí, contesté.

—¡Yol exclamó el General con ingenuo enojo, como si le calumniara. Ud. me ha

perseguido por todas partes, y ha procurado perjudicarme. Y lo ha conseguido; sí, lo ha conseguido.

—Yo no he hecho más que defenderme, repliqué; y al fin, vengarme de todo el mal que me ha hecho.

Súbitamente sentí el deseo de desahogarme; deseo irresistible como necesidad imperiosa, que me hizo olvidar á Felicia, á Remedios, todo absolutamente. y no ver sino á Don Mateo, que provocaba, no ya una riña, sino una explicación violenta en que habíamos de echarnos en cara recíprocamente nuestras culpas.

—Yo había conquistado una posición, añadió impetuosamente; y ahora no soy nada.

—Ni yo tampoco, replicó el General más que colérico, sombrío.

—Ud. me ha hecho descender hasta abajo, hasta hundirme en el lodo.

—¡Me alegro! dijo con voz sorda Cabezudo. Así estoy yo.

—¡También yo me alegro!

—¡Juan! exclamó Felicia.

Remedios hizo otra vez el ademán de detener á Cabezudo, y éste le acarició la cabeza, obligándola á ponerla sobre la almohada.

—Ud., señor General, dije en seguida dominándome, no sabe apreciar mi situación... que es todavía peor que la suya. Esta es la verdad; y alégrese Ud. cuanto quiera.

—¿La mía? contestó ¿la mía?...

Su semblante perdió casi toda su fiereza y volvió á ponerse sombrío, como si vinieran á su memoria cosas momentáneamente olvidadas. Me tomó por la muñeca, apretando con vigor y luego añadió:

—Ud. no sabe todo el mal que me ha hecho. Sus ataques han dado lugar á que me ataquen todos, á que yo pague las defensas, y á que todo el mundo me chupe la sangre. Sin la guerra que Ud. comenzó contra mí, sería yo ministro; sí, señor; sería yo ministro; pero ahora, cuando no puedo gastar lujo, ni dar banquetes, ni botar el dinero con las dos manos, lo que consigo es que los periódicos se burlen de mí, que todos se rían de mi ambición, y que ese ministro peanas,

tol diga, como dijo ayer en una comida, que yo no sirvo para nada.

Iba yo á hablar; pero Don Mateo, tomó apenas aliento y continuó:

—Ya no valgo nada; ya no tengo nada; ya he vendido mis diamantes para atender á mis necesidades; y por último he vendido mis sueldos de casi todo el año. Mis amigos no quieren saludarme, y en estos días he ocurrido á ellos para pedirles prestada una bagatela, y nadie me ha hecho caso, cuando mi hija se moría y necesitaba yo comprarle medicinas y pagar al médico.

Casí se le saltaban las lágrimas á los ojos. Creo que sentí compasión por aquel hombre, aunque yo también podía inspirarla; pero al recordar mis propias penas, procurando mantener un tono reposado, dejé desbordar mi amargura.

—Yo estoy sólo en el mundo, dije con voz trémula.

—Yo también, replicó el General conmovido. Tengo que irme de aquí, porque no cuento ya con qué vivir. Estoy en la mise-

ria. Lo único que me queda es un pedazo de tierra en San Martín. Esta mañana fui muy temprano á casa de un abogado á recibir la noticia de que Coderas ese ladrón, ¡eanastol se remató San Bonifacio! El juicio hipotecario, el juez, los abogados. ¡Todo robo! ¡Todos ladrones! Por [una cantidad cualquiera me han dejado en la calle.

—A mí me desprecian todos, dije yo, con el mismo desaliento que dominaba á Don Mateo.

—También á mí, replicó.

—A mí no me quiere nadie.

—A mí tampoco.

—¡Yo estoy de más, yo sobro en el mundo; no hay gente que siquiera me tenga lástima!

Un nudo me apretó la garganta, y tuve que ocultar el rostro entre las manos, porque sentí que las lágrimas acudían á mis ojos. Oí sollozos á mi lado, alcé la cabeza, y ví que Felicia acariciaba, llorando, á Remedios que se enjugaba los ojos. La enferma pálida y hermosa como nunca, hizo un esfuerzo, y dijo con voz débil y entrecortada:

—Yo los quiero á los dos.....
Don Mateo y yo, con igual rapidez nos acercamos á la joven.

—¡Yal... exclamó Don Mateo con cariñoso acento. ¡Sí, tú sí! ya sé que me quieres.... á mí.

—¡Y mí también! dije yo con viva exaltación.

—A los dos, repitió Remedios dulcemente, estrechando una mano de Cabezudo. Los dos han sido muy buenos conmigo.

Don Mateo tartamudeó un momento, pero no se atrevió á enojarse.

—¿Te sientes mal? preguntó un tanto turbado. Mira; creo que estás más pálida. Será mejor que duermas un poco.

—He dormido bien, replicó Remedios procurando sonreír.

—Pero estás mal, y el médico quiere que estés tranquila. Te tiemblan las manos.

—Es que me afligen las penas de vds. y las..... de Juan. Dícen que todos los desprecian; pero yo no soy ingrata; yo los quiero..... ¡Si eso bastara para consolarlos!.....

—Qué me importa lo demás, exclamó Cabezudo.

Yo no contesté. Tomé una mano de la joven y la llevé á mis labios, sin sentir resistencia. Don Mateo se hizo el desentendido, y Remedios, pasando su mano sobre mi cabeza, le preguntó.

—¿Tardaré mucho en estar enteramente buena? ¡Qué gusto nos dará á Felicia y á mí volver á San Martín.